

ORACION

para pedir á nuestro Señor el don de la castidad
y la perfecta victoria en las tentaciones
de impureza.

Purísimo y amabilísimo Señor mio Jesucristo, que como maestro celestial nos enseñaste el tesoro escondido en la castidad, y quisiste nacer de una Madre Virgen, y amas y tienes por esposas á las vírgenes y á las almas limpias que por no mancharse con los deleites de los sentidos te han consagrado su pureza: tú me mandas, Rey mio, que sea casto; y yo sé que no puedo sin tu favor. Dame, pues, Señor, lo que me mandas, y manda lo que sea de tu agrado. Mi carne es flaca, mi inclinacion perversa, el fuego de mi concupiscencia, infernal, la leña con que este fuego se alimenta, mucha y seca, los enemigos que la atizan solícitos y poderosos, y continuas las ocasiones que como viento soplan y encienden las llamas de la concupiscencia. Pues, ¿cómo podré yo resistir á tan crueles enemigos, y vivir en medio de este incendio sin abrasarme? Bien sé, Señor, que por mí mismo no puedo alcanzar victoria de mis

pasiones; mas lograré alcanzarla con tu gracia, y con el rocío del cielo apagar las llamas que me atormentan y consumen. Y ¿por qué no podría yo lo que tantos niños y jóvenes han logrado? No lo hicieron ellos ciertamente por su virtud, sino alentados y esforzados con tu brazo poderoso. Pues ¿por ventura, Señor, se ha abreviado tu mano, ó se ha agotado tu gracia, ó enflaquecido tu virtud? ¿No he de poder yo, armado con tu espíritu, sujetar esta carne rebelde y domar el vicio inmundo de la concupiscencia? ¿No he de conseguir con el auxilio de tu gracia, conservar mi alma sin mancha? ¿No he de poder, ayudado del santo Ángel de mi guarda, resistir al demonio, mi tentador y acusador, y guardarme en la presencia de este espíritu bienaventurado de toda accion inmodesta y criminal?

¡Ah, Señor! mayor es infinitamente tu bondad que mi malicia: tu misericordia que mi miseria: tu poder que mi flaqueza: la virtud de tu espíritu que la fragilidad de mi carne. Tenme, pues, Jesús mio, con tu mano poderosa para que yo no caiga; otórgame la gracia para que yo huya todas las ocasiones, para que resista á la tentacion en sus principios, para que guarde con gran diligencia mis sentidos, apartando mis ojos á toda vanidad, cercando mis oídos con espinas, y refrenando mi lengua con cuidado. Haz que traiga mi alma siempre

ocupada con santos pensamientos, que ame y busque las santas asperezas de la penitencia, y que huya de tratar con personas cuyo aspecto dañe, cuya voz enciende, y cuya familiaridad es lazo de perdición y de muerte. Infunde en mi alma la dulzura de tu Espíritu, para que gustando la suavidad de sus deleites, deseche los gustos amargos de la carne, y para que ella se rinda y esté sujeta al espíritu, sujete mi mente y mi corazón á tu santa y adorable voluntad. Amen.

NOTA.

Habiendo terminado el extracto del opúsculo del R. P. Arbiol, con la hermosa oración que antecede, y con que aquel finaliza; habiendo igualmente completado la exposición de los efectos de la liviandad, comprendidos en los versos de san Antonio de Padua propuestos al principio, y que el piadoso Autor no quiso ó mas bien no pudo continuar, habiendo fallecido á los setenta y cuatro años de su edad, cuando tenia este libro muy adelantado, como nos informa uno de los cuatro censores, cuyos pareceres lleva al principio, no nos resta otra tarea, sino el indicar las fuentes á que pueden acudir los sacerdotes, y algunas aun los simples fieles, en busca de más amplia instrucción, especialmente acerca de los remedios contra la impureza, que no hemos hecho más que tocar de paso, reduciendo á un solo capítulo, para no traspasar los límites impuestos, toda la segunda parte en que el Autor gasta once enteros. Así, comenzando por los santos Padres, no es difícil, con los copiosos índices que hoy vienen al alcance de sus escritos, encontrar cuanto se refiere á esta lúbrica materia. Además de esto, en sus tratados especiales de la virginidad, ó dedicados á las vírgenes, con los mas preciosos encomios de la castidad, se hallará tambien no poco, acerca de la malicia y efectos del vicio contrario. Sabido es que Tertuliano, san Agus-

tin, san Jerónimo, san Ambrosio, san Basilio y san Juan Crisóstomo, escribieron acerca de la virginidad, aunque el libro *De Pudicitia* del primero ya está infecto del montanismo. Lo más práctico es el libro de *Habit. Virgin.*, de san Cipriano, y lo más útil, grave y juicioso para los eclesiásticos el libro *De Singularitate Clericor.*, lleno de puntos de vista y reflexiones que parecen hechas para nuestra época. En cuanto á santo Tomás, la *Tabula aurea*, en los vocablos respectivos *luxuria*, *libido*, etc., lleva por la mano á los pasajes donde el angélico Doctor trata el asunto; pero sobre todo, en el *Bancel: Moralis divi Thomæ*, que coleccionó por órden alfabético, en un diccionario, en dos volúmenes, todas las materias morales tratadas por el Santo en todas sus obras, ahorrándose mucho tiempo y larguísimas pesquisas, se encuentra en cada artículo cuanto directamente le concierne. Y así en la voz *Luxuria*, en el tomo segundo se hallará recogido cuanto santo Tomás escribió en la Suma, en el Libro de las Sentencias, en los Comentarios de Job, Isaías, etc., acerca de la materia propuesta. De este libro hemos tomado varias citaciones que hemos introducido, no solo en las notas, sino en el texto mismo del Autor, amantes de la solidez y fundada verdad que caracterizan la doctrina del Sol de las escuelas. Para la predicacion pueden consultarse los títulos propios de las Bibliotecas concionatorias de Lohner y Houdry, ambos de la Compañía de Jesús. Del primero tomó el P. Arbiol varias citaciones; el segundo debe preferirse en

la edicion antigua latina, pues en la moderna francesa de Vives, á fuerza de quererla abreviar se le ha hecho perder mucha parte de su mérito.

No somos partidarios de los sermonarios, ó Bibliotecas de sermones completos; los españoles tienen un lenguaje sobradamente claro y de una llaneza intolerable á veces, en la materia de que tratamos; los franceses cuidan tanto de la delicadeza de estilo, que, ó evitan enteramente el tratar de la liviandad por no caer en el escollo, ó hablan con tal sutileza y velando de tal modo su lenguaje, que poco fruto puede sacarse del discurso. No obstante, hállanse varios sermones excelentes en la gran coleccion de Migne, y pueden, sobre todo, consultarse con provecho el volúmen titulado: *Satan, ses pompes et ses œuvres*; discurso sobre los desórdenes ordinarios en el mundo, por el P. Capuchino Heliodoro, de Paris. En la primera parte trae cinco ó seis discursos sobre los placeres de la vista, oído, tacto, etc.; un largo y sólido discurso sobre cada sentido, y luego otro sobre cada uno de los asuntos siguientes: comedias, bailes, caza, conversacion, amistad, juego, lectura, placeres de la virtud. Sigue otra seccion que llama *de los desplaceres*, con diez discursos; una segunda parte, *de las riquezas*, con otros; y otra tercera, *del honor*, con catorce. Hay juicio, solidez, erudicion y exactitud en la doctrina; solamente que el estilo es asáz difuso y algo cansado. Forma un volúmen de 1424 páginas, dobles, ó por columnas, cómo todas

las ediciones del célebre Migne. En el *Cristiano instruido* del P. Señeri, hay varios discursos excelentes sobre el asunto. En el tercer volumen de las obras de Jacobo Marchant, editadas por Vives, se encuentra un Tratado de los siete vicios capitales, bajo el nombre de *Tuba sacerdotalis*. Siguiendo largamente la alegoría de las trompetas que sonaron los sacerdotes al rededor de los muros de Jericó, va explicando en cada vicio la latitud y longitud de los muros, las siete trompetas que los derriban, en todo con la abundancia de doctrina, con la exquisita erudición, con la piadosa unción que distinguen á ese autor, tan recomendado por san Vicente de Paul á sus misioneros. Al tratar, pues, de la lujuria en doce preciosas lecciones, habla de la hediondez de sus muros; de su profundidad, de su altura, de su latitud en varias estructuras donde diserta sobre varias especies del vicio, de su longitud, de las siete trompetas contra estas murallas, que son otros tantos pasajes de la santa Escritura contra la liviandad; de los siete arietes que son siete medios contra el mismo vicio, que son: la consideración de su fealdad y vileza, la de su indignidad en el cristiano, la del remordimiento que le sigue, la de la muerte y otros novísimos, la oración fervorosa, la maceración de la carne, y la continua presencia de Dios. Luego trata de las maldiciones de los deshonestos, que son diez y seis, tomadas de la santa Escritura; y finalmente, de la continencia y la castidad opuestas á la lujuria. En este tratado so-

bre la liviandad no se encuentra nada de paja, nada de vana palabrería; todo es sustancia sólida, todo es Escritura y tradición, admirablemente aducidas y oportunamente comentadas. Libros como las obras de Marchant, no debían caer de manos de los sacerdotes si se proponen explicar á los pueblos una doctrina abundante, sólida, segura y provechosa. Con respecto á la castidad sacerdotal, en el excelente Tratado del mismo Autor, denominado *Virga Aaronis florens*, que todo es de los sacerdotes, en la cuarta parte, lección octava, se trata de esa virtud ex-profeso; en la célebre Instrucción de sacerdotes del P. Molina, en la cuarta parte, que trata toda de la santidad sacerdotal, se consagran cuatro capítulos, desde el nono, á la importante materia de la castidad que debe guardar. En las hermosas Consideraciones sobre el estado eclesiástico del Cardenal de la Lucerna, contenidas en el tomo tercero de sus obras, la séptima consideración es sobre la castidad sacerdotal. En las obras de Fronson, coleccionadas en dos volúmenes, en la edición de Migne, en el primero, en las *Meditations ecclesiastiques*, la décima, undécima y duodécima tratan de la castidad, de la impureza y de la fuga de las mujeres. En la *Forma cleri, Pars secunda*, todo el capítulo X trata de *castitate*; en la *Pars tertia*, en el capítulo VIII trata de *incontinentia*; en la *Pars quinta*, el capítulo XI, que se intitula: *Mulieres*, dividido en treinta y dos secciones y párrafos, es un verdadero tratado sobre la materia. En el último tomo ó apéndice del segun-

do volúmen, en las *Regulae clericorum breviores*, y en la *fusius tractatae*, en los capítulos XI y XII de entrambas, vuelve á tratar las mismas materias. Todo en Fronson es Escritura y santos Padres, sentencias breves, escogidas con mucho tino y encadenadas con arte, de modo que forman un todo, mezclándose con muchísimas disposiciones conciliares. A nuestro juicio, Fronson, es la Aurifodina del sacerdocio. Finalmente, el *Santo Sacerdote*, de Dubois, es uno de los más hermosos capítulos el que trata de la castidad. El cardenal Manning en el *Sacerdocio eterno*, no habla directamente de esta materia, y se comprende su reserva por el país en que escribe. No citamos á un Autor moderno que escribió de la vida y honestidad de los clérigos, porque no creo tengamos necesidad de tomar leccion de los legos.

Con respecto á los remedios de la sensualidad, asunto que siempre debe tocarse, al hablar de sus daños y estragos, es excelente el Tratado IV, de las tentaciones, en la 2.ª parte de los Ejercicios de perfeccion del P. Alonso Rodriguez. Allí se trata clara y fundadamente de los medios para resistir, desde el capítulo X, y por trece capítulos enteros. Del resistir á los principios trata muy bien en el capítulo XVIII; de la oracion en el XVI; del pelear huyendo en el XXI; todo con gran copia de Escritura y tradicion. En el Tratado de la Castidad, que es el 4.º de la tercera parte, trata de la mortificacion y guarda de los sentidos en el capítulo II; del temor de Dios y memoria de los noví-

simos, en el IX; y de la penitencia en el VII. Todo el tratado, aun que breve, es excelente y mucho más apropiado para los sacerdotes que para los simples fieles. El P. Puente, en sus copiosos y preciosos escritos trató muchas veces de la continencia, castidad y virginidad. En el tomo 2.º de los Estados, en el Tratado segundo de la *Providencia de Dios cerca de las tentaciones*, en los capítulos VI y VII habla largamente de los de impureza y sus remedios; en el Tratado quinto, del Matrimonio, en el capítulo V, trata de la castidad conyugal y materias anexas. En el tercer tomo de los Estados, todo el Tratado segundo que consta de quince largos capítulos, es de la continencia y virginidad, y desde el capítulo IX, ocupa cuatro enteros en hablar de los remedios contra las tentaciones. En el Tratado primero del Estado eclesiástico trata en los capítulos X y XI, de la castidad sacerdotal; en el Tratado quinto, capítulo III, de la castidad de los confesores; y en el Tratado séptimo, que habla de los Obispos y Prelados, en el capítulo XVI, vuelve á tratar del celo por la guarda de la castidad, del quitar los tropiezos, y de los bienes que de esto resultan. El P. Puente trata todos los asuntos, moralizando sutilmente largas alegorías tomadas de la santa Escritura, é ingiriendo admirablemente copiosas sentencias de los Padres y Doctores.

El P. Alvarez de Paz, en la *Pars II, libri I*, capítulo V y VI, trata: *De vitio luxurie, ac de ejusdem remediis*; la *Pars III*, toda es de *Victoria tentationum*; la *Pars. II, libri V.*, habla en

diez y seis capítulos : *de castitate*. En cuanto al autor, Jesuita, cuyas obras ha editado Luis Vives en 1875, comprendidas en seis abultados volúmenes, nadie ignora que el sábio profesor de Escritura y Teología en el Perú, es clásico en la ciencia mística y forma autoridad con sus dicámenes en la materia.

Ahora, como el P. Arbiol termina con una oracion para la castidad, propia para todos los cristianos, terminemos nosotros con otras, mas propias para los eclesiásticos, y que tomamos del mismo P. Alvarez de Paz que acostumbra concluir, con estas breves plegarias muchos de sus capítulos.

POSTULATIO CASTITATIS.

Domine Jesu Christe, qui, ut sponsa in Canticis ait, pascaris inter lilia, et inter animas castas inhabitas, et, ut servus tuus Gregorius interpretatur, earum castitate delectaris: tolle a nobis desideria carnis immunda, et minus puras cogitationes repelle: indue animas nostras stola pulcherrima castitatis, et corpora nostra munditiæ virore nobilita, ut ex corpore et animo nostro in nobismetipsis magnificum Spiritui Sancto habitaculum extruamus. Amen.

POSTULATIO VIRGINITATIS.

Domine Jesu Christe, virgo purissime, et virginis filius, et virginum sponsus, et virginitatis an-

tesignamus: da his qui incorruptionis sui corporis servaverunt, modeste de se sentire et impense virginitatem amare: his vero qui eam perdiderunt, incorruptionis defectum humilitate supplere; ut puritas animæ et corporis, tibi in illis humilitate sit grata; et caro in his, flore incorruptionis orbatâ, sit per pœnitentiam et humilitatem accepta. Amen.

(Alvarez de Paz, Tom. 3, pág. 719 y 720).

FIN.